

093. Entre rayos y truenos

Una página de la Biblia que será siempre actual, que no pasará nunca, que tendrá validez perpetua para todos los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones, es la del Sinaí (Éxodo 19-19)

Esa montaña pelada, reseca, que jamás hubiera sido visitada por ningún turista, porque no tiene atractivo alguno, es la montaña sagrada que Dios escogió como faro orientador de la Humanidad: allí iba a dictar su Ley, la Ley de Dios.

El pueblo de Israel había salido de Egipto en medio de prodigios clamorosos. Engullidos por el Mar Rojo todos los enemigos de los hebreos, el pueblo escogido se lanzó libre por el desierto hacia la tierra que Dios había prometido a sus antepasados los patriarcas. Llevaban en el alma la promesa divina: *-Vais a ser el pueblo de mi propiedad, un reino de sacerdotes, una nación santa.*

Para ello, Dios y el pueblo iban a establecer una alianza, a sellar un pacto, que no debería romperse por ninguna de las dos partes.

Una parte, la de Dios, estaba asegurada, porque Dios es El Fiel.

La otra, el pueblo, debería demostrar la seriedad de su palabra, cumpliendo fielmente la Ley que Dios le establecía y a la cual el pueblo se obligaba:

- Nosotros haremos todo lo que el Señor ha dicho.

La promulgación y la entrega de la Ley se desarrolló de manera espectacular. Dios mismo dictó las normas a Moisés:

- Yo vendré a ti en una densa nube, para que el pueblo pueda escuchar cómo hablo contigo, y tenga siempre confianza en ti. Purifica al pueblo. Y señala un límite del cual no pueda pasar nadie. Que ninguno suba al monte ni pise su falda, porque todo el que pise el monte morirá.

La expectación era inmensa, mientras se acercaba el plazo de tres días señalado por Dios. Al amanecer del tercer día, comenzaron los relámpagos y los truenos. Una densa nube cubría la montaña, y se oía un sonido creciente como de trompeta. El Sinaí se vio envuelto de humo intenso y después despedía llamaradas de fuego. Al cabo de poco, empezó a temblar violentamente, como sacudido por fuerte terremoto. El espectáculo era tan estremecedor, que Moisés exclamó: *-Tengo miedo y estoy temblando* (Deut. 9.19). Pero Moisés obedeció, subió a la montaña, y solo ya en la cima iba escuchando la palabra augusta de Dios, que hablaba a Israel y al mundo:

Yo soy el Señor tu Dios, y no tendrás otros dioses fuera de mí.

No tomarás en vano el nombre del Señor.

Acuérdate de santificar el sábado.

Honra a tu padre y a tu madre.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No darás falso testimonio contra tu prójimo.

No codiciarás los bienes de tu prójimo.

El pueblo, espantado ante los relámpagos, los truenos, el resonar de la trompeta misteriosa y el humear del monte, se mantenía a distancia y pedía después suplicante a Moisés: *-Háblanos tú y te escucharemos, pues si nos habla el Señor moriremos todos de espanto.*

¿Qué nos dice semejante relato? Dios mismo da la razón, cuando manifiesta su Ley con señales tan espantosas: ¿Cómo será el castigo de los transgresores?...

“Yo castigo la maldad de los que me desprecian en sus mismos hijos hasta la tercera y cuarta generación”.

Sin embargo, la bondad de Dios es muy superior a sus enojos, y así añade: *“Pero soy misericordioso por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos”.*

No; la Ley de Dios promulgada en el Sinaí no ha perdido en nuestros días nada de su fuerza. Al revés. Todos estamos convencidos de que los males que hoy aquejan a la sociedad son debidos a que se han abandonado las normas tan sabias, tan discretas, tan suaves, tan amorosas y paternas con las cuales Dios ha querido regir al mundo.

La Ley de Dios, siendo muy seria, no es sin embargo nada dura ni pesada. Solamente la forma espectacular y terrible en que fue promulgada era grave y espantosa, como un aviso de Dios.

Al venir Jesucristo, ratificará esa misma Ley divina, y lo hará bajo formas totalmente distintas: en la ladera también de una montaña —la que hemos llamado de las Bienaventuranzas—, montaña encantadora, sobre el lago de Galilea, cubierta de flores y bajo un cielo azul por el que vuelan felices los pájaros...

La carta a los Hebreos contrapondrá las dos escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y nos dirá:

-“Vosotros os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, al coro de millares de ángeles, a la asamblea de los que están inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a los espíritus de los que viviendo rectamente han alcanzado la meta, a Jesús, el mediador de la nueva alianza, que nos ha rociado con una sangre que habla más elocuentemente que la de Abel” (Hebreos 12,22-24)

Esto es la Ley de Dios: un acto de amor de Dios a los hombres.

Porque nos ama, nos manda.

Al mandar, promete.

Y al cumplir nosotros, nos da nada menos que la vida eterna.

¿Tenemos o no tenemos razones para respetar, amar y cumplir la Ley de Dios?...